

LA TRANSFORMACIÓN DEL TRABAJO Y EL EMPLEO

Rubén Lucero *

Frente a un escenario de profundas transformaciones tecno-productivas y organizacionales, el sistema educativo formal aún no provee, según el autor, los elementos de capacitación que sostienen la relación escuela/mundo del trabajo.

* Docente e investigador de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Titular de la cátedra de Capacitación y Desarrollo de esa universidad. Se desempeñó como asesor educativo en la Honorable Cámara de Senadores de la provincia de Buenos Aires.

Introducción

El trabajo humano está en el núcleo de la estructura social, y es difícil imaginarse qué cosa lo puede desplazar y ocupar su lugar. Sin embargo, a lo largo de la historia de la humanidad fueron apareciendo distintas formas de *no trabajo*, desde el desplazamiento y la paulatina pérdida del trabajo agrícola, hasta el más reciente declive del trabajo fabril. Las consecuencias, con distinta magnitud, han sido y son la inseguridad, la desaparición de redes sociales, la mayor presencia de las actividades informales, los procesos de desindustrialización, el aumento del individualismo y la marginalidad.

Castells (1999) plantea que “hay una variación histórica de los modelos de empleo, según instituciones, cultura y entornos políticos específicos”, y si bien es cierto que el trabajo en la denominada “nueva economía” va en aumento con un alto contenido en información y conocimiento, este nuevo paradigma también interactúa con la historia y se manifiesta también según el grado de desarrollo de las sociedades y su posición relativa en el sistema global.

La transformación tecnológica y organizativa del trabajo y las relaciones de producción en la empresa red emergente y a su alrededor, es la principal palanca mediante la cual el paradigma informacional y el proceso de globalización afectan a la sociedad en general (Castells, 1999).

Al mismo tiempo, los conceptos de competitividad y búsqueda de competitividad han adquirido una dimensión política y económica sin precedentes, casi como elementos de supervivencia en países y en sociedades.

En nuestro país, a partir de la década del 90 hemos vivido un proceso que culminó en una crisis estructural sin precedentes, con la implantación de un modelo económico de fuerte concentración, que no solo atentó contra las estructuras económicas que prevalecían hasta entonces, sino que también fue socavando fundamentalmente la confianza pública, los lazos de solidaridad social y la visión de futuro. Esos profundos cambios estructurales que hemos atravesado impactaron transversalmente lo social, lo cultural, lo político y lo institucional.

Las transformaciones tecno-productivas

El artesano fue el antecesor directo de la producción industrial en serie, y la calidad de sus productos estaba íntimamente ligada a sus habilidades en el oficio, debido a que su sistema de producción estaba organizado en unidades donde no existía la división del trabajo.

El artesano concentraba en su dominio las cuestiones elementales de la producción, tales como: diseñar, elegir las materias primas, confeccionar las herramientas y los elementos de trabajo y dominar la técnica de esas herramientas. A lo sumo su familia y sus hijos

participaban de sus secretos y sus técnicas de trabajo, que asumía así, una forma indivisa.

Los sistemas productivos fueron evolucionando y el hombre se encontró ante la necesidad de producir más unidades y elevar la eficiencia, lo que llevó a efectuar una división del trabajo; se fueron constituyendo empresas con un tamaño cada vez mayor y el trabajo se fue dividiendo en diferentes especialidades.

Esta división del trabajo produjo beneficios con respecto al sistema anterior pero, a su vez, se originó la primera ruptura, al perderse la unidad conceptual que tenía el artesano con relación al producto.

Con la división del trabajo dentro de la empresa y la especialización en distintas áreas, el producto comienza a ser la resultante de un conjunto de ideas concebidas desde distintos sectores. En consecuencia, la salida de un producto es el resultado de un conjunto de actividades fragmentadas tanto en responsabilidad como en ejecución.

En la actualidad, el análisis de la situación productiva de una empresa, su gestión de la producción y su entorno, nos permite conocer los factores que inciden en la calidad del producto, en la tecnología y en el mantenimiento de equipos e instalaciones.

Estos factores le permiten a las empresas mejorar su competitividad y la calidad de sus productos; tener flexibilidad; contar con mejores recursos humanos; producir mejoras constantes en los diseños y reducir los costos, que son en definitiva las actuales exigencias de los mercados.

En rigor, y apreciado en perspectiva histórica, la evolución de los sistemas productivos y de las empresas, principalmente las industriales, tuvo en la Segunda Guerra Mundial un elemento catalizador y promotor de cambios.

La forma de organización taylorista-fordista se basa en tecnologías que conciben al hombre como una prolongación de la máquina.



En los EE.UU., y en virtud de las exigencias del estado de guerra, los sistemas productivos debieron reorganizarse para cumplir con las demandas. Por ejemplo, la utilización del control estadístico por parte de las empresas permitió la fabricación de artículos militares de bajo costo y en gran cantidad, convirtiéndose en el país con mayor producción industrial, pero manteniendo la división del trabajo característica de la organización taylorista-fordista.

El cambio de paradigma

Debemos entender el concepto de cambio de paradigma como el resultante del resquebrajamiento del paradigma vigente –viejo–, en el que se originan los elementos constitutivos del nuevo que surge y se instala definitivamente cuando el viejo paradigma entra totalmente en crisis. El cambio implica asumir nuevos códigos, modelos, formas de actuación, valores, reglas, leyes, etc. vigentes hasta un determinado momento histórico.

Una mirada al pasado nos permite observar que, entre los fenómenos sociales de posguerra, el de mayor relevancia e impacto fue el de la “masificación del consumo”, que fue un disparador revolucionario desde el punto de vista de cómo abordar la producción, hasta entonces concebida en términos taylorista-fordista, o modo de producción industrial basado en las economías de escala, que permitía producir en serie y reducir los costos.

Boyer (1989) destaca como rasgos más representativos del fordismo:

Alta división del trabajo, aplicable en industrias de producción continua, especialmente bienes de consumo semiduradero, de gran escala, que posibilita la caída del costo unitario y por lo tanto precios menores para el consumidor, para productos estandarizados que exigen una alta inversión en equipos especializados posibilitando el empleo de obreros de baja calificación que se especializan en tareas rutinarias (pp.1-5).

Las industrias fordistas son altamente jerarquizadas y con tendencia hacia la integración vertical, basadas en que los beneficios obtenidos por la escala de producción y de comercialización absorben los extracostos de producción, buscando minimizar los costos de transacción (Williamson, 1991). Estas industrias requieren de mercados crecientes, producen para almacenar y realizan más desarrollo de producto que investigación. La innovación se hace con base en la diferenciación, apoyada en fuertes presupuestos de publicidad (OECD, 1992).

La forma de organización taylorista-fordista se basa en el predominio de tecnologías en las cuales se concibe al hombre como una prolongación de la máquina, todo en función de lograr un proceso más eficiente.

El paradigma fordista-taylorista entró en la

segunda mitad del siglo xx en un proceso de crisis, a pesar de mantenerse en los pliegues del sistema industrial. Esta situación está relacionada con el cambio de las necesidades sociales, en la que la individualidad, en oposición a la masividad, ha generado demandas más específicas, con requerimientos propios, y en un marco donde la globalidad de los mercados ha acercado a las sociedades por intermedio de la comunicación y también por la enorme velocidad de cambio tecnológico. De hecho, las empresas deben enfrentar consumidores más informados y exigentes, que de acuerdo con su posición económica requieren productos y servicios diferenciados o personalizados.

Estos numerosos y trascendentales cambios en el orden tecnológico, en el orden social y en el orden cultural afectan el comportamiento de las sociedades, y a su vez repercuten en el quehacer de los sistemas productivos. Citemos algunos de ellos:

- los productos tienen ciclos de vida más cortos;
- los clientes son más exigentes, con tendencia a demandar mercancías con cero defecto y dispuestos a cambiar de proveedor;
- el avance tecnológico a nivel mundial es cada vez más acelerado;
- la competencia internacional es muy dinámica e impacta en nuestros potenciales mercados;

- los productos deben expandirse más allá de las fronteras, con la consecuente exigencia de adaptabilidad y riesgo.

Alrededor de estos conceptos surgen modelos de gestión que dan cuenta, dentro de las organizaciones, de dichos cambios, tales como especialización flexible, capacidad de innovación y de aprendizaje.

Por otra parte, las variables “no precio” juegan en este nuevo escenario un rol trascendente, y podemos citar como ejemplos: la calidad, el diseño, el tiempo de entrega, el empaque, la armonización de los sistemas productivos con el medio ambiente y la información, que comienzan a ser factores clave en la producción de bienes y servicios e influyen decisivamente en la competitividad empresarial.

Asimismo, la organización de la producción trasciende las fronteras de la empresa individual. Son los sistemas productivos los que aparecen como competitivos, y los conglomerados de empresas o *clusters* adquieren ventajas competitivas por sobre los sectores industriales tradicionales. Estos conglomerados representan concentraciones industriales complementarias e interdependientes, que atraviesan sectores industriales y empresas de distinto tamaño, y que además incluyen proveedores de componentes, servicios, productores de bienes finales, etcétera. El sistema de distritos industriales que existe en el centro y norte de Italia es un ejemplo claro de las

Los cambios trascendentales en el orden tecnológico,
en el orden social y en el orden cultural afectan
el comportamiento de las sociedades.



ventajas que se obtienen, y regiones como el Véneto y toda Italia central hoy en día viven con niveles de pleno empleo y hace no más de 25 años eran pobres y carecían de industrias. (Saba, 1997).

Las organizaciones como sistemas complejos

Un sistema, en su concepción más simple, es un conjunto de elementos vinculados entre sí, de manera tal que un cambio en cualquiera de sus elementos afecta de alguna manera a los demás.

Un sistema es abierto cuando interactúa con su entorno, por lo que “una empresa es un sistema abierto que intercambia con el medio en el aprovisionamiento de la materia prima, en su relación con el mercado, en su relación con el Estado, en su relación con la comunidad que lo rodea”, etcétera. No obstante, un sistema es más que un conjunto de elementos vinculados; más bien los elementos constituyen sus propios mecanismos que absorben insumos tanto del interior como del exterior, transformándolos y generando rendimientos determinados. (Por ejemplo, una planta industrial está formada por elementos relacionados entre sí: departamentos, puestos de trabajo, tecnologías, insumos, materia prima, etcétera).

Si analizamos su evolución histórica, las organizaciones de producción se remontan a dos corrientes desarrolladas hace aproximadamente un siglo. Por un lado, Frederick Taylor desarrolló un modelo conocido como “Administración científica”, sobre la base de la tecnología que le proveyó la Revolución Industrial. Taylor, en su amplio análisis del sistema laboral, desarrolló este modelo cuyo núcleo central contenía conceptos como la especiali-

zación de los puestos de trabajo, la detallada descripción de las tareas, la repetición de las actividades con muy poca o ninguna variación y la supresión del trabajo intelectual entre los operarios.

En la misma época, el sociólogo alemán Max Weber desarrolló el modelo que se conoció como “burocracia”, que contenía principios de organización tales como: sistemas de “relaciones jerárquicas” y “cadena de mando” como mecanismos fundamentales de coordinación.

Para Weber las organizaciones deben ser gobernadas por un sistema claro y consistente de reglas escritas y procedimientos, que deben cubrir todos los puestos, tanto los operativos como los directivos. A su vez, los operarios deben estar capacitados para cumplir con sus tareas y por lo tanto la competencia técnica debe ser la base para la asignación de los puestos y la promoción.

El tremendo salto que significaron estas ideas, en comparación con las formas de organización anteriores, se dio en llamar “*la burocracia mecánica*” que surgió emergente de la fusión de las corrientes descriptas, con las que se alcanzaron niveles de rendimiento nunca antes obtenidos, mejorando a la vez el desempeño individual y la coordinación entre unidades de las organizaciones.

Este modelo de organización industrial, que llega hasta nuestros días, ha permitido un enorme incremento de la producción industrial a lo largo del siglo xx, con indicadores altísimos de productividad pero, a su vez, se necesitaron grandes esfuerzos para mantener la motivación y la creatividad de la gente, que no ha podido ser suficientemente aprovechada a causa de la limitación y monotonía del trabajo.

No obstante, como este modelo se desarrolló

en buena parte del siglo en contextos estables y situaciones previsibles, se apeló casi exclusivamente a las motivaciones económicas.

El presente encuentra a los sistemas productivos en contextos de alta incertidumbre, particularmente en las economías menos desarrolladas, y las palabras como globalización, regionalización y desarrollo implican nuevos desafíos de competencia, de incesante desarrollo tecnológico, de comunicaciones cada vez más ágiles y con señales del mercado altamente inestables y complejas.

En este sentido, los procesos de aprendizaje organizacional adquieren una dimensión significativa puesto que la identificación y comprensión de los mismos, a la luz de estos cambios, constituyen factor de relevancia, y deben ser considerados a la hora de la implementación de las políticas de capacitación específicas.

Asimismo, es importante abordar la cuestión del aprendizaje organizacional en forma amplia, es decir incluyendo también el concepto que Lall denomina los elementos “tácitos” del aprendizaje, y que constituyen un factor diferenciador. Esta característica, es decir “*los elementos tácitos del aprendizaje*”, conforma una serie de activos intangibles, difíciles de transferir y deben entenderse como un elemento dinámico que permite a la organización operar a partir de saberes no codificados por sus miembros, pero que inciden en la resolución de problemas y en la interacción con otros recursos humanos. Es decir, este conocimiento tácito permite efectuar una representación mental compleja del proceso de trabajo (Novick, 1997).

La capacitación y la formación permanente

Estos dos aspectos constituyen, indudable-

mente, un factor dinámico y determinante frente a este escenario de profundas transformaciones tecno-productivas y organizacionales, especialmente en el fortalecimiento de las capacidades de los individuos. En este sentido, se observa que el sistema educativo formal aún no provee adecuadamente los elementos que sostienen la relación *escuela / mundo del trabajo*, y recién ahora están apareciendo en forma programática las propuestas que signifiquen para los alumnos una real articulación entre la educación y el sistema tecno-productivo. La lentitud para adaptar sus estructuras y sus programas a los cambios en el sistema económico y productivo, ya sea el nivel medio, el de formación profesional o el universitario, no permite promover con fuerza una nueva mirada del mundo del trabajo, con organizaciones distintas, y en permanente cambio.

Por otra parte, el proceso de desarrollo en nuestro país ha evidenciado débiles indicadores de integración productiva y participación ciudadana, que nos han llevado a padecer un fuerte proceso de desindustrialización con la paulatina pérdida y desaparición de competencias laborales. Frente a este escenario, las respuestas institucionales han sido escasas, limitando las posibilidades de reinserción de los individuos que fueron quedando excluidos del modelo.

En este sentido, un desafío significativo en el campo del diseño de las políticas de educación y formación es fortalecer la articulación *escuela / mundo del trabajo*, asociando la promoción de las conductas empresariales con el progreso de una región determinada, como sistema virtuoso de inclusión social.

Además, deberá promoverse el desarrollo de las capacidades emprendedoras de los in-

Un desafío significativo en el campo de las políticas de educación y formación es fortalecer la articulación escuela/mundo del trabajo.



dividuos, generando procesos de aprendizaje que desborden la dimensión estrictamente pedagógica e interactúen en forma muy rica y diversa promoviendo individual y colectivamente “ambientes” proactivos que operen eficazmente como movilizadores del potencial humano.

Juventud, educación y trabajo

Las señales del nuevo proyecto político-económico que se va perfilando en el país son, sin duda, muy diferentes a las del modelo neoliberal que dominó la escena de los 90 y sumergió al país en una profunda crisis económica, social e institucional y también socavó lo moral y lo humano. No obstante, aún no inauguran un nuevo modelo distributivo, sin embargo parecen comenzar a reconstruir la alianza social entre el trabajo y la producción, con las lógicas tensiones de una puja distributiva, pero apoyada en indicadores macroeconómicos que permiten pensar en una recuperación sostenida.

El sistema educativo tiene la mayor responsabilidad en esto, sin duda, y es por eso que hay que trabajar en su reorientación, pero los condicionantes estructurales que existen en términos de distribución del ingreso, pobreza y exclusión social son determinantes en la idea de construcción del futuro de miles de jóvenes y explica lo que eso significa en relación con la desigualdad e injusticia en su presente, y también en proyección al futuro.

Como parte de la transformación estructural a que fue sometido el sistema educativo en la década del 90, que se inició con la transferencia de los servicios de educación a las provincias, para luego avanzar con cambios en cada jurisdicción, se reformó la educación impartida en educación media, denominándola Polimodal, con algunas orientaciones dirigidas al mundo laboral, como Bienes y Servicios (ex escuelas técnicas). Entró en vigencia a partir de 1999, acortando los tradicionales seis años de duración de la escuela industrial. La cartera educativa en el ámbito nacional solo conservó competencias en el nivel universitario.

A partir de 2006, se han reformulado nuevamente los ciclos, recuperando seis años para la educación media; la sanción de la Ley de Educación Técnico Profesional N° 26.058/05 es un importante instrumento para volver a ordenar y regular la educación técnico-profesional, así como también para realizar una mejora continua de la calidad de la enseñanza y del equipamiento de los establecimientos educativos.

En este sentido cabe aclarar que no todas las jurisdicciones modificaron el nivel medio, que es en rigor una exigencia de la Ley Federal de Educación. De hecho, la Ciudad de Buenos Aires es un ejemplo al respecto. Allí todavía se continúa con la formación de técnicos según la estructura tradicional en cuanto al currículum, los seis años de estudio y las especia-

lidades. Este dato precedente no es menos significativo, especialmente si observamos las asimetrías que se han generado en los planes de estudio y las capacidades adquiridas por los alumnos entre las escuelas del conurbano bonaerense en relación con su proximidad con las escuelas de Capital Federal, diferencias que seguramente influyen a la hora de la inserción laboral, y agregan un elemento más a esta problemática.

En este contexto, tratamos de establecer algunos ejes que nos permitan situar en el escenario actual a la formación de mano de obra calificada (técnico-profesional) y también, si es posible, su vinculación con el modelo de desarrollo en curso, que contemple las capacidades necesarias para afrontar las exigencias del mercado de trabajo y a la vez formar individuos íntegros para la vida en sociedad.

Condicionamientos en la articulación educación y trabajo

En el análisis de la bibliografía disponible, existe una corriente denominada “Nuevo regionalismo” que coincide temporalmente con el concepto de “globalización” (Storper, 1997). Desde esta perspectiva teórica, se comienza a asignar a la región un papel más activo e importante, y a considerarla como motor de desarrollo. Se pueden anotar varios fenómenos que contribuyen a ello:

1. crisis del Estado-nación como actor ante la expansión de partícipes como las transnacionales en un contexto de crisis fiscal del Estado que se había desarrollado a partir del consenso keynesiano;
- 2- delegación de responsabilidades a la región junto con reivindicaciones de nuevas competencias y poder de decisión por parte de las regiones. Estos fenómenos se conjugan en tendencias hacia la descentralización y la autonomía regional;
3. una nueva concepción del espacio ante el desarrollo de las tecnologías de comunicación e información;
4. novedosas formas organizativas de la empresa, más flexibles y descentralizadas;
5. papel central del aprendizaje y el conocimiento.

Esta caracterización precedente nos permite abrir un conjunto de interrogantes sobre los procesos fordistas clásicos que, según conocemos, poseen como característica predominante la posibilidad de fragmentación de distintas fases de la fabricación y su ubicación en una escala jerárquica, en que las fases intensivas en conocimiento *se quedan* en los países industrializados y las fases más sencillas se trasladan a países en desarrollo.

Storper (1997) plantea, además, que las condiciones en que las grandes compañías plantean fundamentalmente sus estrategias de entrada y salida de las regiones, conservan

En la actualidad, la idea de exclusión abarca

los debates que forman parte tanto del campo político, como el económico y el social.



un predominio de la competitividad por la vía de los costos, y así se transforman en agentes poco exigentes o volátiles respecto de los que aprenden, delimitando una nueva división entre centro y periferia.

El aspecto que entendemos como más interesante es que la relación en la cadena global o regional no es estática; por tanto, las regiones pueden ir aprendiendo y apropiándose del conocimiento que inicialmente se encuentra fuera de ellas (Fleury, 1999; Carrillo y Hualde, 2000; Hobday, 2001; Contreras, 2000). El corolario de este tipo de organización global flexible es que es necesario reconstruir el proceso de la cadena global para entender la situación de la región, sus restricciones y sus potencialidades. Esta perspectiva nos permite inferir la posibilidad de acumular conocimiento en la región y saber si esta puede potencialmente reproducir el proceso productivo completo (Becattini y Rullani, 1994).

Podemos afirmar entonces que los entornos no solo constituyen espacios de aprovisionamiento de recursos materiales, humanos e intangibles para la empresa; son ante todo espacios donde los actores institucionales aprenden a construir relaciones de intercambio, de cooperación y de negociación de conflictos. Espacios donde la proliferación de relaciones interpersonales, contractuales bilaterales o multilaterales van dando lugar a una estructura que moldea y delimita el comportamiento de todos los actores institucionales.

Cuando hacemos referencia a los actores institucionales incluimos a las empresas, las agencias gubernamentales, las asociaciones privadas sectoriales, los sindicatos y las universidades, entre otros.

Algunos de los rasgos territoriales son:

- tradiciones políticas y administrativas de tipo centralista;
- escasos recursos económicos, humanos y de infraestructura;
- debilidad institucional, por fragmentación y aislamiento;
- escasa cultura asociativa entre empresas (Hualde y Mercado, 1996);
- ambientes con inseguridad ciudadana o corrupción;
- escasa tradición de participación en las decisiones y en los procesos productivos de los trabajadores;
- instituciones de formación con poca tradición de vinculación con el sector productivo;
- fuerte presencia de sector informal que compete con salarios muy bajos y condiciones de trabajo precarias.

Juventud, educación e inserción laboral

Hoy la idea de exclusión forma parte de los debates que abarcan tanto el campo político, como el económico y el social.

En efecto, muchas de las privaciones y las violaciones de derechos humanos consisten en la exclusión del goce de derechos elementales, como la privación de los derechos civiles y políticos, el derecho al empleo o la imposibilidad de acceso a la salud y la educación.

Sin embargo, la noción de exclusión nos debe remitir a algunos conceptos básicos referidos a situaciones de “inclusión en condiciones de desigualdad” más que a exclusión, especialmente a partir de la noción marxista de explotación en la cual el problema consiste en que “el trabajador es incluido en una relación de producción en la cual recibe menos de lo que le corresponde”.

Así podemos ajustar una retórica de la exclusión en términos de “inclusión desfavorable”.

Este aspecto conceptual reviste especial importancia porque el lenguaje que nos lleva al término de “inclusión desigual” ha hecho que la cuestión central de la exclusión sea mucho menos visible en términos de equidad.

En este sentido, debemos tener presente las dos modalidades de desigualdad, tanto en la exclusión como en la inclusión desigual, y no confundir la una con la otra aunque formen parte del mismo problema.

En efecto, debemos tener en cuenta el hecho empírico de que a menudo las diversas modalidades de exclusión tienen como resultado un enorme impacto entre los menos favorecidos de una sociedad, generando una polarización social entre quienes tienen acceso a la educación y quienes no. Asimismo, quienes son pobres en ingresos son precisamente aquellos que reciben un trato desigual, no poseen influencias ni atención médica.

Una sociedad más incluyente debe ver a los jóvenes como sujetos relevantes por ser naturalmente el relevo de la fuerza de trabajo, y también como protagonistas en términos de participación ciudadana.

Es aquí donde se define con mayor claridad el eslabonamiento entre educación y empleo, y también es aquí donde se construye su inserción en la sociedad, tanto en lo económico como en lo social.

Entre los factores que contribuyen decisivamente a reducir desigualdades en el futuro y cortar la reproducción intergeneracional de la pobreza (Puiggrós, 2005), es necesario promover el desarrollo de capacidades para impulsar la inclusión social, y la educación es considerada el eslabón privilegiado que articula la integración cultural, movilidad social y desarrollo productivo.

El acceso a la educación es el principal motor para superar la exclusión y las causas estructurales que la reproducen como la baja productividad en el trabajo; el escaso acceso a las herramientas de la vida moderna; la marginalidad sociocultural; la mayor vulnerabilidad de las familias en el plano de la salud, y la discontinuidad y bajos logros en la educación de los hijos.

Los esfuerzos y las inversiones destinados a incrementar los logros educativos mediante la reducción de las tasas de deserción y repetición tienen diversos efectos positivos en términos de reducir la pobreza y la desigualdad porque, dado que la repetición y deserción escolares más agudas se dan en los grupos más vulnerables, el apoyo a la continuidad beneficia a estos grupos y tiene, por ende, un sesgo de redistribución progresiva.

Existe una evidente correlación entre el aumento de la educación de las adolescentes pobres y las mejores condiciones de salud de sus familias en el futuro, pues la escolaridad de las mujeres es un factor determinante en la reducción de la mortalidad y morbilidad infantiles, el mejoramiento de la salud y nutrición familiares, y la disminución de las tasas de fecundidad. Asimismo, permite una mayor movilidad socio-ocupacional ascendente de quienes egresan del sistema educativo.

Venimos de un ciclo caracterizado por distintas formas de exclusión socioeconómica y política, y si esa tendencia no es revertida, estamos gestando una enorme crisis de expectativas.

Es paradójico que en muchos casos los jóvenes de hoy tienen más años de escolaridad formal que las generaciones precedentes, pero al mismo tiempo duplican o triplican el índice de desempleo respecto de esas generaciones.

Los jóvenes tienen poca participación en las esferas del Estado y, además, se sienten poco representados por el sistema político.



Esto puede explicarse en parte porque el progreso técnico exige más años de educación para acceder a empleos modernos, y por tanto enfrentamos una dinámica de *devaluación educativa* (la misma cantidad de años de escolaridad *valen menos* hoy que hace dos décadas); y también puede explicarse porque la nueva organización laboral fue restringiendo puestos de trabajo y haciendo más inestable los empleos.

A su vez, incluso accediendo a la educación formal, tal como está el sistema actualmente, éste opera como un ámbito de reproducción de las desigualdades más que de igualación de oportunidades.

Otro aspecto a destacar es que los jóvenes participan menos de espacios decisorios de la sociedad, sobre todo en la esfera del Estado, que los aísla bastante en términos de ciudadanía política, y se sienten poco representados por el sistema político pero, por otro lado, mayormente acceden a información y redes porque cuentan con *más destrezas para la sociedad de la comunicación* y hacen un uso más familiarizado de las diversas formas de la comunicación mediática e interactiva a distancia, y esta “cultura mediática y de acceso a la información”, sin duda, impulsa conductas que en los jóvenes operan como de necesidad de satisfacción inmediata de sus pulsiones, y al ingreso al consumo como sea.

Las generaciones de jóvenes hoy se ven más perjudicadas en términos de independencia

económica, que se traduce en bajos ingresos, dificultades para poseer una vivienda propia y realización de proyectos propios, lo que constituye otra forma de su crisis de expectativas. Volviendo al concepto de ausencia de expectativas y falta de horizontes para esta masa de jóvenes, debemos añadir que hay jóvenes que nunca pudieron ver a sus padres trabajar y que constituyen su identidad como beneficiarios de planes de subsidios o prestaciones y comedores comunitarios. Las características que asume esta ausencia de expectativas encierra una serie de factores, ya que de un lado se supone que la población joven es más receptiva a los cambios, *pero a su vez, las desigualdades estructurales los marginan de las oportunidades.*

De este modo, paradójicamente, son un segmento dinámico de la población por naturaleza, ya que pueden interpretar las diversas transformaciones en el mundo de la producción, pero sin embargo su exclusión social aumenta, destacándose como principal evidencia las importantes tasas de deserción y fracaso escolar y los elevados niveles de desempleo juvenil (Rodríguez, 1995).

Un reciente estudio de la Unesco analizó la articulación entre competencias técnicas en varios programas regionales de formación de jóvenes, que en sus conclusiones puso de manifiesto que en general existe un marcado déficit en la articulación de la adquisición de competencias técnicas y el resto de las habi-

lidades básicas necesarias para interactuar en sociedad, como la comunicación oral y escrita y el pensamiento lógico matemático.

Como referencia, la recomendación N° 195 sobre desarrollo de Recursos Humanos de la OIT plantea que:

(...) el término “Empleabilidad” se refiere a las competencias y cualificaciones transferibles que refuerzan la capacidad de las personas para aprovechar las oportunidades de educación y de formación que se les presentan con miras a encontrar y conservar un trabajo decente, progresar en la empresa o cambiar de empleo y adaptarse a la evolución de la tecnología y de las condiciones del mercado de trabajo.

En el siglo xx, principalmente en su segunda mitad, la educación constituyó un formidable vehículo de movilidad social ascendente a medida que se democratizó su acceso, pero sobre fines de los 70, fueron en principio dos los fenómenos convergentes que erosionaron esta relación tradicional entre educación y movilidad social: la crisis del modelo fordista de organización del trabajo y la masificación del acceso a la educación (Tedesco, 1986).

Paulatinamente, y como resultado de los procesos de crecimiento con concentración, el desempleo fue en aumento, y aparecen nuevos fenómenos sociales como la informalización y la precarización de los empleos. Paralelamente, la escolaridad media decrece como garantía de empleo, y más aún, como garantía de acceso a un empleo de calidad.

Varios autores suelen coincidir en que se ha llegado a un punto en que la educación secundaria aparece como cada vez más necesaria para insertarse con relativo éxito en el mer-

cado de trabajo, pero también cada vez más insuficiente. Otros señalan, sin embargo, que lo necesario es una educación básica de calidad, incluyendo en tal concepto solo el nivel secundario inferior, ya que seguir desplazando las credenciales educativas necesarias hacia adelante sin mejorar la calidad es un esfuerzo inútil y poco valorado por los jóvenes.

Muchos jóvenes desfavorecidos educativa y socialmente no logran terminar la educación básica y menos aún la educación media, dejando la escolaridad sin haber adquirido las competencias indispensables para la vida adulta. Como señala De Ibarrola (2002), este grupo “resulta prioritario para el desarrollo de alternativas educativas que permitan brindarles una segunda oportunidad” en virtud de que la primera, la oportunidad escolar, no se les cumplió, y con la mira de resolver una muy seria y amplia amenaza de exclusión social.

Ante el difícil panorama, pocas dudas caben de que hay que seguir apostando a la educación, porque impacta al mismo tiempo en la economía, la equidad social y el desarrollo de los valores de la ciudadanía.

En cuanto a los programas de formación profesional destinados a quienes dejan la escolaridad formal, será recomendable promover la reinserción, pero lo central es idear sistemas inclusivos y flexibles. El objetivo estratégico sería construir sistemas que articulen educación, formación profesional, y dispositivos de capacitación e inserción laboral, recuperando el concepto de educación a lo largo de toda la vida. Es necesario buscar soluciones a la exclusión mediante la construcción de un nuevo contrato social que cimiente la transformación productiva, la democratización plena y la modernización social

Nuevos actores

Con la crisis de 2001 han surgido innumerables espacios sociales que al principio han estado desarticulados y poco definidos, no obstante y de manera muy preliminar podemos decir que muchos de estos nuevos actores sociales post crisis son responsables de acciones innovadoras tanto en el campo social (en materia de metodologías, grupos atendidos, contenidos proporcionados y construcción de alianzas) como en las nuevas interacciones entre lo público y lo privado, y le han dado también una nueva cara a las tramas sociales.

Por otra parte, el progreso del concepto de tripartismo, la noción de público pierde cada vez más el sentido de estatal o gubernamental. Se trata, al contrario, de la idea de gobierno y sociedad unidos para realizar proyectos comunes y de interés del país.

En esta dinámica resulta útil citar a Christian Payeur, que sitúa a la “formación como una necesidad social, ya que considera a la calificación, como a todo saber, una búsqueda de poder, elemento estructurante de las relaciones sociales”. Así pues hay intereses sociales porque lo que está en juego es la formación. Los diferentes actores portan sus propios intereses que determinan sus acciones en materia de formación.

En consecuencia, también es necesario preguntarse sobre la capacidad real de los actores para influir y negociar la formación y calificación, tanto en los niveles local y regional, como en el nacional. No se puede, por ejemplo, pedir a los grupos que durante largo tiempo han sido ajenos a la administración de la formación que puedan intervenir con todo el conocimiento y la habilidad requeridos. En tal caso, se puede apoyar el desarrollo

de habilidades apropiadas, suministrar los elementos de información necesarios. Debe también haber puntos de encuentro y reglas establecidas para permitir una negociación efectiva.

La educación básica constituye la primera formación para el trabajo a la vez que el fundamento de una formación ciudadana. Pero no se puede formar para el trabajo sin considerar cierta concepción de la ciudadanía para el trabajo. Esto exige procesos políticos capaces de traer a primer plano un consenso social general susceptible de apoyar una visión común de la formación.

Hemos dado a entender acerca de la existencia de nuevos actores comprometidos, y a modo preliminar podemos enumerar:

- el Ministerio de Trabajo como animador y gestor de políticas públicas;
- los sindicatos, su participación es central como eje de construcción del tripartismo, pero también como ampliación de los modelos de discusión y actuación;
- la presencia de ONG del segmento comunitario representa un progreso en la movilización de la sociedad civil, señalando una nueva configuración de espacios entre lo público y lo privado ya que se trata de organismos privados pero de interés público, enfocados a las demandas sociales;
- la movilización de la universidad representa un paso importante para el progreso conceptual de la educación profesional, ya que la misma ha acumulado un gran conocimiento sobre la política, economía y la sociedad. Se trata ahora de poner todo ese saber al servicio de la construcción democrática y del desarrollo sostenido con justicia social. 

Bibliografía*

- Becattini, Giacomo y Rullani, E., “Sistema locales e mercato globales”, en Becattini, G. y Vacca, S. (eds.), *Prospettive degli studi di economia e politica industriale in Italia*. Milán, Franco Angeli, 1994.
- Boyer, Robert, “New directions in management practices and work organization. General principles and national trajectories”. Presentado en Conference on Technical Changes as a Social Process: Enterprises and Individualism. Organisation for Economic Cooperation and Development (OECD) . Helsinki, diciembre 11-13, 1989.
- Carrillo, Jorge y Hualde, Alfredo, “Desarrollo regional y maquiladora fronteriza: peculiaridades de un cluster electrónico en Tijuana”, en revista *Mercado de valores*, n° x. México, 2000.
- Castells, Manuel, *The information age*. Madrid, Alianza Editorial, 1999. (*La era de la información*. Volumen 1. Siglo XXI, 1999).
- Contreras, Oscar, *Empresas globales, actores locales: producción flexible y aprendizaje industrial en las maquiladoras*. México, El Colegio de México, 2000.
- De Ibarrola, Maria (coord.), *Desarrollo Local y Formación*. Cinterfor/OIT, 2002.
- Hualde, Alfredo, “El territorio como configuración compleja en las relaciones entre educación y trabajo”, en *Desarrollo Local y Formación*. Cinterfor/OIT, 2002.
- Leite, Elenice, “Educación y Trabajo: Nuevos Actores, viejos problemas”, en *Desarrollo Local y Formación*. Cinterfor/OIT, 2002.
- OECD, *Technology and the economy. The key relationships*. París, 1992.
- Oteiza, E.; Novick, S. y Aruj, R., *Inmigración y discriminación. Políticas y Discursos*. Buenos Aires, Grupo Editor Universitario, 1997.
- Payeur, Christian citado en Leite, Elenice, “Educación y Trabajo: Nuevos Actores, viejos problemas”, en *Desarrollo Local y Formación*. Cinterfor/OIT, 2002.
- Puigross, Adriana, “Es educable la población argentina”, en Revista *Abordajes*, 2005.
- Rodríguez, Ernesto, “Capacitación y Empleo de jóvenes en América Latina” Cinterfor/OIT. 1995.
- Saba, Andrea, *El modelo italiano. La especialización flexible y los distritos industriales*. La Plata, UNLP, 1997.
- Storper, Michael, *The Regional World*. Nueva York, The Guilford Press, 1997.
- Tedesco, Juan Carlos “Educación y Sociedad en la Argentina”. Buenos Aires, Solar 1986.
- Williamson, Oliver, *Las Instituciones económicas del capitalismo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- * La bibliografía completa que el autor incorpora en su texto original, se encuentra disponible en la versión digital de esta revista, en www.abc.gov.ar.